

A modo de despedida.

Aquí empieza y termina todo para perpetuarse. El sol sale cada mañana por el Cotorro y se pone en invierno por el tejlar de Mieza, y en verano, por el teso el Taio, al otro lado del Duero, en Portugal.

Aquí empieza y termina todo, porque todo camino tiene su fin. Pero entretanto hubo mañanas de San Juan que al salir el sol, este bailaba, yo lo vi un año con mi abuela Pepa, y es cierto que mientras se le podía mirar, cuando aún era una enorme oblea roja, bailaba. Y mientras el sol recorría el firmamento, los de aquí abajo salíamos al campo con el ganado, o a labrar las tierras, o a segar la mies, o para hacer acopio de leña para el invierno. El campo lo daba todo, a condición de mimarlo, y eso era lo que se hizo generación tras generación.

Mientras el sol hacía su camino, nosotros hacíamos el de la escuela, antes la de párvulos con doña Patrocinio, una santa, que nos enseñó a entrar en la escuela agarrados de la mano, que bonito, qué lección, y doña Patrocinio ya no está, aunque vive en nosotros. Después con doña Ángeles y más tarde doña Daniela, las chicas, y nosotros con don Fabián. Pero todo aquello pasó, y ya no nacen niños, las escuelas cerradas, ya no hay bautizos, ni bodas, solo entierros, y así vamos andando el camino, mientras se pueda andar, y Demetrio se dio cuenta de que nos hacemos viejos, y levantó en torno al pueblo unos cincuenta poyos, asientos de piedra para descansar en el camino, esa es la herencia de la solidaridad que siempre hubo en nuestro pueblo. Todo pasa, pero queda el recuerdo, la ilusión de celebrar San Lorenzo cada año, y más cosas.

Y mientras el sol seguía alto en el cielo, corríamos el aro por las calles, o jugábamos al parchís, o a las tabas, o al castro a la sombra, mientras los mayores acarreaban la mies a las eras. Eso era en verano, porque entretanto había el Jueves merendero, y el hornazo de Pascua, y el día de San Marcos íbamos andando a Cerezal, y volvíamos con cayadas de caramelo y la alegría de la fiesta, no sin antes desafiar a los de allí, de nuestra edad, porque nos creíamos más valientes o más listos, pero ellos tuvieron el mejor maestro de la comarca: don Nazario, que hizo que muchos culminaran con brillantes carreras. Nosotros veíamos el futuro de otra manera, ni mejor ni peor, y muchos emigramos y no nos fue mal. Siempre fuimos amigos de fiestas, por eso siempre había zarceños animando los encierros y los bailes en Aldeadávila, por San Bartolo, y lo mismo en Masueco, y en las Madrinas de Mieza, y en las de Cabeza del Caballo, y así en todos los pueblos limítrofes había zarceños de fiesta, así veíamos el mundo los jóvenes de entonces, y no nos fue ni mejor ni peor que a los demás, que aquellos foráneos que no tomaban un café por ahorrarse un real.

Todo pasa y todo se transforma, pero el recuerdo permanece inmutable, con el sabor a fiesta, a la matanza del cerdo, al día de la Nochevieja, cuando colocábamos, quintos y quintas, la bandera en lo alto del Juego de pelota, bandera bordada por las quintas con los nombres de todo el grupo; sabor al día de la motila, y la comilona después, donde se salía más alegre que un pellejo de vino. Lo que más importa es comer, beber, y amar; cantar, bailar y reír, soñar; contarse cuentos, participar en el espectáculo de la vida como espectador, actor y autor. Estos simples placeres que buscamos todos los humanos desde la noche de los tiempos, los hallé en La Zarza y los busqué allá donde fui; ellos son el sentido último de nuestra existencia. Los zarceños los llevamos como estandarte.

De modo, que para concluir este paseo por mi querido pueblo, por nuestro pueblo, paseo que espero haya sido ameno, quiero terminar celebrando el primer baile en el salón del Tío Aquilino, cuando uno daba los primeros pasos de mozo en el aprendizaje de la vida, afinando los primeros compases del inolvidable TANGO que Carlos Gardel cantaba metido en la gramola, mientras el agua de los caños del pilar se escuchaban de fondo, y las señoras con el pañuelo negro en la cabeza, coronada ésta con una rodilla mullida para apoyar el cántaro lleno en asombroso equilibrio hasta la puerta de casa, esperaban en animada tertulia de... “Mira Juana, que la gallina lleva dos días sin poner, y las ovejas dan menos leche, y el mi Pedro sin darle importancia, si es que una tiene que estar en todas...” Se les había pasado el tiempo del tango, ahora estaban en otro tango; el de cómo hacer para cuadrar las cuentas.

TANGO

Tango que me llevas en andas por la senda del viento callejero de mi pueblo, tango que persigues en silencio, mis noches de insomnio,

de rizos de luna que caldea los tejados fríos de hielo que hiela el aliento, tango que nos animas a juntar las dos mejillas, las tuyas de novicia, las mías de pipiolo con deseo de mostrar los pasos que cuento un, dos... Y tú, Carlos...

“Silencio en la noche, ya todo está en calma, el músculo duerme, la pasión descansa...” Carlos, ¿por qué te fuiste tan joven, si tú eras tango?

Te escucho en la habitación de mi abuelo con el brasero calentando el frío de las baldosas más frías que las narices de un perro, en un pequeño tocadiscos de la emigración en Francia que trajo mi tío Pepe en aquella Navidad de 1960, tango que llena la habitación-salón-comedor de sonidos de bandoneón y guitarra y tú, Carlos Gardel, mostrándome el camino que había de andar... “Caminito que el tiempo ha borrado, que juntos un día nos viste pasar, he venido por última vez, he venido a contarte mi mal... Caminito, que todas las tardes, feliz, recorría cantando mi amor, no le digas si vuelve a pasar, que mi llanto tu suelo regó.”.

“La vida es un tango y hay que saberlo bailar”, decía mi abuela Pepa, y entonces me puse a bailarlo en el salón del Tío Aquilino mientras la gramola, que eras tú, Carlos, entonaba... “Y todo a media luz, crepúsculo interior, que suave terciopelo, la media luz de amor”, y tú, Candelas, ¿lo recuerdas?, a tus diecisiete años, como yo, fresca y destellante de jugosa manzana verdirroja, risueña, me decías que el tango era muy difícil de bailar, que tuviera cuidado de no pisarte los zapatos nuevos que eran lo mejor que tenías, que eran todos los sudores de tu padre hundiendo el arado con la yunta, y yo te decía: escucha Gardel, Candelas: “Acaricia mi sueño, el suave murmullo de tu suspirar, como ríe la vida, si tus ojos negros me quieren mirar, y si es mío el amparo, de tu risa leve, que es como un cantar, ella quieta mi herida, todo, todo se olvida...”, un, dos, tres... Uno, uno, dos... Un, dos, tres, estos son los pasos que marcan el ritmo, los que yo he descubierto, Candelas, sigue así, yo te llevo, ¿Qué no me arrime tanto que nos miran?, pero si el tango es así, Candelas.

Y los años fueron puliendo los pasos... “Si arrastré por este mundo, la vergüenza de haber sido, el dolor de ya no ser, bajo el ala del

sombrero, cuántas veces, embozada, una lágrima asomada, yo no pude contener...”.

Cuantos zapatos se fueron en un tango, deslizando la pierna entre pierna, cara con cara, aliento fundido en el torbellino de un giro y, quietos los cuerpos, dos segundos, suspendido el tiempo en ese lapso de pasión y deseo de dos cuerpos apretados, inclinados en difícil equilibrio, ay el tango, como la vida misma, y uno se vuelve a enderezar con estilo, alta la mirada, el pecho lleno de esperanza como el renacer del alba... Escucha, Candelas:

“Era, para mí, la vida entera, como un Sol de primavera, mi esperanza y mi pasión, sabía que en el mundo no cabía, toda la humilde alegría de mi pobre corazón...”, un, dos, tres... Un, dos... Así, Candelas, ya mejor, perdona por rozarte un poquito el zapato... Candelas, escucha Gardel:

“El mundo fue y será una porquería, ya lo sé, en el quinientos seis y en el dos mil también, que siempre ha habido chorros, Maquiávelos y estafáos, contentos y amargaos, valores y dublé, pero que el siglo veinte es un despliegue, de maldá insolente ya no hay quien lo niegue, vivimos revolcaos en un merengue, y en el mismo lodo todos manoseaos. Hoy resulta que es lo mismo ser derecho que traidor, ignorante, sabio, chorro, generoso, estafador,

¡Todo es igual, nada es mejor, lo mismo un burro que un gran profesor! No hay aplazaos ni escalafón, los inmorales nos han igualao, si uno vive en la impostura, y otro roba en su ambición, da lo mismo que sea cura, colchonero, rey de bastos, caradura o polizón...”

Uno, un, dos... Un, dos, tres... Uno... Un dos... ¿Qué te parece?, Candelas, mucho mejor, ¿no?... “Volver... Sigue Carlos..., con la frente marchita, las nieves del tiempo platearon mi sien. Sentir que

es un soplo, la vida, que veinte años no es nada, que es febril la mirada, errante las sombras te busca y te nombra. Vivir con el alma aferrada a un dulce recuerdo, que llora otra vez...”.

Volver, Candelas, “con la frente marchita”, otra vez, un, dos...Un, dos, tres..., cuerpo con cuerpo, roce de piernas, ¿qué no te apriete tanto?, pero si el tango es así de *apretao*... ¿Qué no arrime tanto mi cara porque nos ven?, no te preocupes, la retiro un poquito, pero el tango es así, mejilla con mejilla, Candelas, dos pasos adelante, uno hacia atrás, como la vida misma, escucha... “Mi Buenos Aires querido, cuando yo te vuelva a ver, no habrá más penas ni olvido. El farolito de la calle en que nací, fue el centinela de mis promesas de amor, bajo su inquieta lucecita yo la vi, a mi pebeta luminosa como un sol...”.

Tango que me llevas en andas por la senda del viento callejero de mi pueblo en que nací, tantos años ha, tango que persigues en silencio, mis noches de insomnio de rizos de luna caldeando los tejados fríos de hielo que hiela el aliento... “Silencio en la noche, ya todo está en calma, el músculo duerme, la pasión descansa...”

La Zarza de Pumareda

Junio de 2022.